

—¡Basta! Entendido, señor... Allá me lo llevo, cuando llegue la hora...

—Ahí va un par de billetes, para lo que ocurra...

—Suerte tiene Rafaelín... ¡Amparo no le falta!

VII

El contento que me oxigenaba el espíritu me animó á empeñar, desde el primer instante, la batalla con Camila. Como todo hombre, no dejo de temblar á las peloteras domésticas; sin embargo, el orgullo de mi superioridad me presta una fuerza que acaso la razón no me daría.

Transcurre el almuerzo. Cobardemente, por hacerme los lares propicios, lo elogio, aunque no me encanta: á los huevos revueltos les faltan trufas; los *beefsteacks* están demasiado hechos, y el pescado no trae salsa aguda, correctora de su insipidez; lo reviste esa bandolina amarilla titulada mayonesa. Camila propende

á la economía; inspecciona á veces la cocina, y está siempre tirando de la rienda, para ahorrar una mezquindad. El elegante desprendimiento que hace tolerable el roce entre sirvientes y amos, quitándole la aspereza batalladora del interés, es desconocido y sospechoso para Camila.

Puesta la conversación en el terreno conciliador, pasamos al gabinete, á saborear el café. Me traen mi kummel, y cargo la mano en la dosis, Camila reprende el abuso: ¡pocos licores, pocos! Poco de todo, parsimonia en todo, excepto en lo que puede dar de nosotros alta idea á la sociedad, tal parece ser la regla de conducta de Camila.

Á la tercer dedalada de licor, me decido. ¡Pecho al agua! Hablo, en tono sencillo, confesándome; no omito nada, excepto la tremenda historia de Rita, adivinada, soñada tal vez; expongo mi resolución de traerme conmigo al pequeño, de ser como su padre, en toda la fuerza afectiva de la palabra. Calentándome al hablar, declaro que el niño me es necesario; que carezco de algo que me adhiera á

este mundo tan deleznable, tan mísero... Me vacío, me espontaneo, y al mismo tiempo que lo hago lo deploro; me encuentro inferior á mí mismo, y me acuso de la caída, sin dejar de caer aceleradamente—¡caso demasiado vulgar! ¿Cuándo aprenderemos á no franquearnos con nadie, con nadie? ¿Á guardar el tesoro?

En efecto, he aquí el fruto de mi expansión.

Camila me escuchaba, puesto el codo en la mesa y la mano derecha en la mejilla. Sus ojos grises, penetrantes, que empiezan á marchitarse un poco por los párpados, me escudriñaban con una mezcla de recelo indefinible, de lástima, de severidad, de indignación. Su izquierda sacudía de tiempo en tiempo, por un hábito de corrección mundana, los encajes amarillentos de la chorrera de su blusa, en persecución de alguna migaja trasconejada quizás. Con pueril curiosidad, yo seguía la doble corriente de aquel espíritu femenino: la de la protesta y la de la rutina.

—Hijo mío...—Cuando se maternizaba, era para reducirme á la nada con su sabiduría positivista, su buen sentido social.—Hijo mío...

—Y miró alrededor, cerciorándose que no la podía oír ningún criado:—la desconfianza de la domesticidad es una de las notas características de mi hermana.—Yo... ¿qué quieres que te diga? Por mi gusto, callaría, y te dejaría hacer tu capricho. No me ha agradado nunca mezclarme... Pero mi deber, deber sagrado, es decirte varias cosas. No; no creas: en parte me alegro de que venga rodada la ocasión. ¿Permites?...

Se levantó, oprimió el timbre y ordenó al sirviente que se encuadraba, derecho y mudo, en la puerta:

—No estamos en casa para nadie... ni para la señorita Trini... No me traiga usted ningún recado, ni los del teléfono, hasta que yo avise de que se pueden pasar.

Segura ya del tiempo, se sentó otra vez, bajó los ojos, pareció recogerse, y al fin se lanzó, adquiriendo gradualmente mayor aplomo.

—Todo cuanto me has referido es tan extraordinario, que... perdona, hijo... no es fácil que yo lo comprenda... en una persona que esté... en su juicio... vamos, que esto no es in-

dicar que tú no lo estés... al contrario... tú sabes más que yo, tienes infinitamente más talento que yo... pero son cosas en que á veces, los tontos —(¡qué gesto olímpico el suyo al declararse *tonta!*)—vemos lo que los sabios no aciertan á ver... Y yo veo claro en tí, Gaspar, no lo dudes ¡veo clarísimo! No en vano hemos sido niños y jóvenes á un tiempo, en la misma casa, y no en vano estamos juntos desde que enviudé. ¡Tú has sido siempre raro; tú has mirado siempre las cosas por un prisma... hijo, qué prisma! No sé si te molesta que me exprese así...

—No... Sigue... Si me ayudas á conocerme, te lo agradeceré mucho. Deseo darme cuenta de lo que les parezco á los demás. Acaso eso me ilustre.

—A los demás, como á mí, raro y muy raro, y hasta extravagante les pareces. Trini, por ejemplo, Trini, á quien tan simpático le fuiste... Bueno, Trini no tiene otro recurso sino confesar que... á menos de estar tocado... Tú dirás que estas son apreciaciones, que cada uno se gobierna á su modo; no, hijo mío; hay cosas y hay

materias en las cuales no cabe discusión, todo el mundo va conforme... porque no existen dos maneras de entenderlas. Y el que las entiende de un modo disparatado, es que le falta la rueda catalina... Así, así te lo planto, Gaspar. ¿No pides claridad? ¡Pues ni el agua!

Como yo no opusiese la menor objeción, prosiguió, excitada ya, con el impetu del que al fin desahoga, harto de reprimirse y desaprobar en silencio, ahito de mascarse la lengua.

—Y si no, vamos á ver... Querido mío, ¿es verdad ó es mentira que siendo tú un hombre todavía joven—treinta y seis años no son la ancianidad— que no padeces ninguna enfermedad conocida, que gozas de una renta muy bonita, y que deberías estar contento y disfrutar y casarte y lucir la posición, te empeñas en oscurecerte, en echarte encima cargas y compromisos? ¿Es verdad ó mentira que sólo te falta, y perdona la frase, sarna que rascar? (Torció el gesto; mi refinamiento protestó.) ¿Y es engaño que estás muy á menudo de murria? ¿Por qué no te dedicas á algo, por qué no

emprendes... qué se yo? ¡Lo que emprenden los demás hombres! ¡Política ó negocios ó..., en fin, lo corriente!

—¡Política! ¡Negocios!...—interrumpí.— ¿Para qué? ¿No dices que tengo lo bastante? Tú á nada te dedicas, Camila, y tú vives feliz, como el pez en el agua.

—Me dedico á la sociedad, á mis amigas, á mi casa... No tengo un minuto de esplín. Tú, como si fueses un inglés: aburrido, aburrido, soso, soso...

—También yo me dedico á la sociedad, á mi sociedad especial;—no hay una sola, hay varias... En estos últimos tiempos, mi sociedad ha sido una moribunda. ¿Qué le voy á hacer, si mi sociedad tiene un pie en el sepulcro?... Sólo me extraña que tú, religiosa como dices que eres, no veas sino las cosas de este vivir tan pasajero... Debieras interesarte un poco por lo que sigue á la vida, que es el morir.

Enarcó las cejas, signo de ira.

—Ahora me vienes predicando... tiene gracia. Yo te pregunto: ¿Es fiel la pintura que hice de tu carácter?

—Fidelísima. Soy como me has descrito.

—Entonces... saca la consecuencia. Mira: no tengo afición ninguna á los perdidos, á los viciosos, y, no obstante, creo que preferiría que te diese... vamos... por alguna tontería, por alguna calaverada de esas... de esas que no deshonran. Sería menos malo que te enamorasas ciegamente y sigieras por montes y valles al objeto de tu amor haciendo mil absurdos, y te rompieras por ella la crisma con un rival... En fin, cualquier barbaridad que, pasado el primer momento, se te quitaría de la cabeza, y después te convertirías en hombre formal y corriente. Pero, con tus singularidades, empiezo á perder las esperanzas...

—¡Bah!—respondí, en un afectado tono ligero que tiene la virtud de sacar de tino á mi hermana.—¿Las esperanzas, de qué?

Frunció el ceño y calló indecisa un instante... Al fin, dura, resueltamente, me la plantó:

—Las esperanzas de que estés bueno de la cabeza.

No porque la pronunciase Camila, sino porque dentro de mí, una cavilación ya antigua, un

susurro psíquico, repetía la brutal frase, me sentí palidecer y estremecer. Ella creyó en mi derrota y apretó el tornillo, cosa propia de su manera de ser poco comprensiva, intolerante con la flaqueza.

—No pienses que esto es una idea mía; te advierto que por ahí corre fama de que estás muy chillado.—Y se llevó el dedo á la sien.—Excuso decirte cómo te calificarán si averiguan todo ese tejido de lindezas, todo ese tinglado estrambótico sobre el cual vas á fundar tu vida. Si se enteran de que has sido amigo de una perdularia, amigo á secas, hasta el extremo de asistirla en sus últimos instantes; si saben que por la tal perdularia, de la cual dices que sólo fuiste amigo, rompiste tus proyectos de enlace con una señorita (la voz de mi hermana se hizo enfática), una señorita ¡como Trini, que es la proporción más cabal, lo que puede satisfacer al hombre más exigente! ¡Si ven, además, que te llevas á casa un niño que no se sabe ni de quién es hijo y que tuyo no puede serlo... excuso decirte la opinión que formarán del estado de tus facultades mentales! Créeme,

Gaspar, eres un ca-so, un ca-so. ¡Consúltatel...

—Cada uno es un caso—reliqué, reaccionando, montado ya en el Clavileño de las ideas comunicables.—Acabas de hacer el catálogo de mis condiciones para ser dichoso. Poco valdrían esas condiciones si no fuese unida á ellas la libertad, ¿entiendes? para hacer lo que me place y no lo que tú y tus contertulios de dos ó tres casas habéis dispuesto. Vuestros cuaqueos de patitos de corral asustados, ¿qué quieres que signifiquen para mí? Pensáis muy bajamente, muy ruinmente; y no sé cómo puedes concordar esas opiniones con otras que profesas, al menos en apariencia... ya te lo he dicho. ¿Eres tú cristiana? ¿Eres tú espiritualista? ¿Y prefieres que tu hermano se entregue á vicios, tú lo aseguraste, no lo niegues ahora, á que recoja un pobre niño desamparado y le sirva de padre? ¿Se es sólo padre por engendrar materialmente? Tú llamarás, de fijo, padre al confesor. Si yo hubiere pecado con la madre y de ese pecado naciese la criatura, comprenderías quizás que la recogiese. Haciendo lo que hago

y que tú debieras considerar una buena obra —aunque yo (pero esto es muy sutil) la realizo por egoísmo,—me clasificas entre los dementes... ¡La demencia es la tuya en atribuir tanto valor á lo que ha de durar tan poco! ¿Ó es que crees, Camila, desdichada, que los demás se irán y tú quedarás? ¿Piensas que *eso* no puede ocurrir, hoy, hoy mismo, después de que cojas el sueño rumiando lo que has de murmurar mañana en casa de las de Correa? Todas las noches, cuando te retiras á tu dormitorio, echas la llave, pasas el cerrojo y hasta registras el tocador, no se quede allí escondido algún bergante; y no te fijes en que hay *alguien* que se filtra por las paredes lo mismo que el Comendador, y á quien los hierros más gruesos sin cuidado le tienen... Te haces la olvidadiza de que hay una mano fría que se apoya sobre los hombros, una gran Señora que hace una seña y nadie la desaira... ¡Sí, facilillo es desairarla! La cordura es pensar en ella y la locura creer que vas á responder si se presenta: "Aguárdese usted, que tengo sin estrenar un sombrero de París, y mañana me ha dicho Trini

que almorzará conmigo, y he de darle á la cocinera mis órdenes... A Trini la gustan los pastelillos de ostras..." ¡Lo que *ella* se reirá con su boca sin labios cuando repliques así!

Anticipando la lúgubre risa, me reí yo morbosamente. El café cargado, los sueños con alas de murciélago, la impresión del tránsito de Rita, de su horrible destino, todo me había puesto de punta los nervios, y mis carcajadas ásperas, rascantes, parecían el chirrido del bramante encerado contra la piel tensa de la zambomba. No es fácil describir la mirada que mi hermana me echó. Había en ella terror, había al mismo tiempo cierta humildad, y había la incertidumbre del que no sabe si lo que le dicen es una admirable sentencia ó un peregrino disparate. Fué evidente para mí entonces que Camila era lo mismo que la mayoría de los humanos; que unas veces *creía*, otras, las más, *no creía* en el glorioso advenimiento de la Segadora. Era indudable que, distraída por el necio devaneo de su vida (según el mundo, sensata, decorosa, loable), no se persuadía sino raras veces de que esta vida, exactamente lo mismo

que otra vida disipada, arrastrada, pobre, deshonrosa, infamante, — era algo colgado de un pelo, era como resbalar aprisa por el borde de un precipicio, era la pesadilla de una persona que no sabe en qué hora ha puesto el despertador, y que, á la menos imaginada, ha de escuchar el retintín violento que le llama á lo desconocido. Ni la sensatez ni el decoro son obstáculo al paso de la Seca; y toda la consideración social no puede lo que el gusano...

Y vi asimismo que Camila deseaba variar de tema, y me imploraba angustiada, urgentemente.

—No digas horrores... Cállate—imploró.

Un impulso de ferocidad se alzó en mí.

—¿Horrores?—repetí sarcásticamente.

Y levantándome y acercándome á Camila, la cogí las dos manos y la grité casi al oído:

—Has de morir... Has de morir... No lo olvides, mujer...

La sentí temblar, escalofriarse y estallar en sollozos. Entonces me avergoncé, y tartamudeando, formulé una excusa. Ella seguía llorando, habiendo dado al diablo su corrección,

su equilibrio, su majestad de respetable dueña todavía apetecible; de cierto comprendía en aquel instante, que los cuidados mundanos son miserias, nonadas ante la perspectiva infinita de lo eterno... Conmovidó á pesar mío, la eché los brazos al cuello, la consolé, me acusé de estúpido, de mal intencionado... Ella correspondió á mi arranque fraternal con otras caricias, sonriendo ya en medio del llanto miedoso — y por un instante, los que tanto tiempo hacía que no éramos hermanos, lo fuimos, unidos por nuestra común miseria, por el espanto del más allá, por el poder incontrastable de lo que manda en nosotros y nos iguala al suprimirnos... como iguala el segador la hierba del prado.

VIII

Son en mí tan poco frecuentes los arranques sentimentales; los reprime tan pronto el cerebro, que aproveché la situación de ánimo desusada en que había quedado para volver sobre mí mismo.

Tal vez contribuiría á preocuparme la impresión de ciertas palabras y, sobre todo, del gesto con que Camila las había pronunciado... Era un gesto sincero (aun cuando Camila adolece de afectación, y muchas veces miente creyendo cumplir uno de sus deberes sacratísimos). ¿Estaré en efecto...? Lo que tomo por meditación y análisis, ¿será desvarío de insania...?

Vuelvo atrás la vista y abarco mi existencia —no la exterior, que nada significa ni vale; la

positiva, la de dentro.— Exteriormente, yo he llevado una vida normal y sin tribulaciones de esas que se comentan con lástima. Mis penas ante el público las enumero así (por el orden de la importancia que el público les atribuyó):

1.^a Quebranto considerable en unas acciones de minas de antracita, que bajaron de golpe y que vendí con notable pérdida. Se me creyó arruinado.

2.^a Derrota de mi candidatura á diputado por el distrito de Corbalán. Se me declaró fracasado.

3.^a Fallecimiento de mi madre.

4.^a Fallecimiento de mi padre.

5.^a Grave afección del estómago, que padecí á los veintiocho años, y que tardó mucho en aliviarse, después de tratamientos complicados, régimen severo, prohibición de varias fruiciones y una larga temporada de oxigenación en el cortijo de mis primos, en Andalucía. La chusma atribuyó mi gastritis á la lectura y al estudio, porque, como trato á mucha gente frívola, al que reúne dos docenas de libros y los lee le juzgan un pozo de ciencia... Yo sé

que una crisis de sensualidad desenfadada fué la que minó mi salud, acaso para siempre, porque mi estómago no ha vuelto á recobrar su alegría animal, su feliz humor, su vigor que repara las pérdidas del organismo. Hasta me habitué á dividir mi vida material en dos épocas: antes y después de la gastritis.

Y... ¿qué más de biografía? ¡Todo, todo! La biografía es como los cofrecillos que encierran joyas; por trabajados que sean, no dicen la verdad, si no se abren para conocer lo que vale su contenido...

De niño, apenas entré en conciencia, fuí muy triste y muy romántico, y oculté mi tedio porque mi timidez constituía una enfermedad, y el terror de las burlas me encogía y me enseñaba precoz disimulo. Convencido absolutamente de que me moriría al llegar á la pubertad (sin darme cuenta exacta de lo que *pubertad* significa), sentía terrores indefinibles, y á la vez raptos de entusiasmo, alas en la imaginación. A los doce años, antes de la primera comunión, tuve un acceso de misticismo. Si pudiese volver á aquel estado, me consideraría

ultradichoso. Con escrúpulo examinaba cada uno de mis actos; me arrepentía de los malos; lloraba á solas, y á solas me regocijaba cuando había sido perfecto, porque ocultaba como un secreto terrible este estado moral, sugerido por la preparación á recibir la Eucaristía. Y como secreto terrible he seguido ocultando lo hondo; como secreto para mí y nada más. Soy un solitario del alma... ¿Quién podría comprenderme? Al escribir mis sentires, ya percibo que lo mejor ó lo más exquisito y precioso huye entre los dedos, se liquida, se gasifica, desaparece.

Oculté también la caída, la vergüenza, la ridiculez del pobre niño que se cree hombre porque se enfanga. El primer libro inmundo, los primeros cigarros, las primeras daifas, la primera aventura de beodo,—se resolvieron en asco indefinible y en un ansia insensata de anonadarme: no fueron raptos de alegría ó de miedo, sino rabioso deseo de no ser. He pensado después que este peculiar estado de ánimo lo expresa el profundo símbolo medioeval—los desposorios del Pecado con la Muerte.—La tris-

teza de la culpa, ¡qué cerca está del ansia de aniquilamiento!

Una ventaja tuve tan sólo: deseaba el fin, pero con despecho, como se desea lo que daña... Al menos, por entonces, *ella* no me parecía buena, no me parecía hermosa, no me parecía seductora, divina; no era el anzuelo de mi espíritu... ¿Ahora, ahora, te lo parece, Gaspar? No: ahora, ahora, ahora no; el niño se interpone y me defiende.

Una tarde, me acuerdo que salí solo (mis padres me han vigilado poco en la edad peligrosa, y han hecho mal; no haré yo así con Rafaelín; en general, los muchachos españoles disfrutamos de libertad excesiva). Estábamos entonces en el campo, en nuestra casa de Portodor, y yo iba con frecuencia al pueblecito próximo, donde se celebraban fiestas patronales y ferias y funcionaban chirlatas y otros establecimientos menos santos.

La vispera yo había cometido en el poblachón mil imbéciles, risibles excesos. Una congoja infinita oprimía mi corazón, mientras en mi cabeza notaba la sensación de vacío de

plomo (no sé expresarlo de otro modo) que los comienzos de las jaquecas nerviosas producen. Mis venas estaban áridas y como agotadas; mis manos, temblonas, como las de un viejo; en el pecho notaba un hoyo y vaciamiento de mi ser; mi pulso no se encontraría; se me figuraba tener los párpados llenos de arena menuda, y en la lengua saburrosa revolvió hieles gordas, lo mismo que si mascase el amargor de mi baja-za. Mi andar era lento, desigual; á veces me paraba por necesidad de suspirar y de pasarme la mano por la frente, ó para reclinarme en algún tronco de árbol. No hay nada que así se avenga con ciertos estados de desolación del espíritu, como una puesta de sol, sobre todo en un paisaje pensativo y penetrado de insinuante melancolía. La puesta de sol de aquella tarde era de esas de las cuales se oye decir que si un pintor las traslada al lienzo se le acusa de falsedad en la visión, por el exagerado romanticismo del colorido y hasta de la forma de las nubes. Anchas barras del más inflamado rubí simulaban inmenso incendio, cuyas llamaradas cortas surgían de un anfiteatro de ba-

luartes del metal oscuro, terrible, que amuralla la siniestra ciudad del Infierno dantesco. Era una puesta de sol de remordimiento, de sudor de sangre de la conciencia. Sobre el fondo del celaje acusador, los troncos de los árboles, ya semidespojados por el otoño, alzaban su ramaje en actitud de implorar perdón ó auxilio; y á mis pies el río, ensanchado, porque se acercaba á su desagüe en el mar, reflejaba en la superficie inmóvil, apenas estriada imperceptiblemente por la brisa de la tarde, los encendimientos del poniente, próximos ya á apagarse entre la cenizosa niebla de la noche. Yo me paré en una revuelta de la orilla, donde una peña musgosa convidaba á sentarse y descansar. Fascinado, miraba á la sábana de agua durmiente, adivinando su hondura y advirtiendo cómo se extinguían en su seno las brasas caídas del celaje, y cómo se oscurecía el haz del agua, poco á poco... Hubiese yo jurado que, desde la planicie lánguida, sesga, de letal dulzura, alguien me miraba, y que un filtro de deleite supremo corría por mis venas yertas antes. Un verso de San

Juan de la Cruz me martilleaba en la memoria:

¡Oh, cristalina fuente!
 ¡Si en esos tus remansos plateados
 formases de repente
 los ojos deseados
 que tengo en mis entrañas dibujados!

Y unas pupilas oscuras, enormes—de asfalto y tinieblas, como las de Rita Quiñones la pecadora — me miraban desde el hondón del agua. Si eran pupilas de mujer—porque lo sobrenatural sentimental, para el varón, es siempre femenino,—al menos la mujer no alzaba del agua ni el torso mórbido ni la grupa redonda; ni blanqueaban sus carnes bajo la linfa, ni debía de poseer cabellera rubia como la de las hijas del Rin. En mi mocedad verde y cruda todavía, la mujer era otra cosa bien diferente de aquella criatura de misterio que me arrojaba una mirada magnetizadora; que me invitaba á la sombra y á la paz ya nunca turbada. La mujer, tal cual yo la conocía, en aquel momento, ¡qué náusea provocaba en mí! ¡Qué vaho de matadero, qué tufo de carnicería,

qué emanaciones de estercolero asociaba á su impura imagen! En cambio, la del agua, la que me llamaba sin voz, la toda mirar, la toda callar... ¡con qué sugestión de olvido y de reposo me ofrecía sus invisibles brazos, enredados en las algas oscilantes del lecho del río!

Inclinarme nada más un poco, y el abrazo divino vendría á mí; ella subiría desde la profundidad, yo me precipitaría... Dos veces inicié el gesto, y dos veces me detuvo el instinto,—la ruindad debiera llamarle... Así y todo, al salir la luna, que es cuando el agua tranquila nos hace señas más amorosas y atrayentes, es probable que hubiese cedido al deseo,—si no se aparece el criado viejo de mi casa, Carlin, que me buscaba, por repentina orden de mi madre, para disponer el equipaje: se había recibido un telegrama que nos obligaba á volver sin tardanza á Madrid al día siguiente...

Otro período empezó entonces para mí. Hice gimnasia, estudié, monté á caballo; se completó mi desarrollo, se normalizó mi vida física, equilibré los gastos con los ingresos, y la impetuosidad y fuerza de la plena juven-

tud influyó en mi espíritu. Sin razón alguna yo estaba alegre, reía, jugaba y bromeaba con mis hermanos, y encontraba un sabor delicioso y un encanto inexplicable á cualquier incidente; el afán de una diversión sin sal me tenía despierto una noche entera; á veces, ¡oh ignominia de la vulgaridad humana! abrazaba á mis amigos de súbito, sólo por desahogo cordial, y me creía perdidamente enamorado de mujeres de cuyo rostro, hoy que cierro los ojos para evocarlo, no puedo ni acordarme. En un platillo de la balanza ponía el incremento de mis fuerzas, en otro su derroche, y la oscilación apenas se percibía.—Sin embargo, en ciertos momentos me acordaba del río, de la peña, de la tentación, ahora vaga y latente; y era como la memoria de un amor verdadero, que nos asalta entre frívolos devaneos y aventuras sin consecuencia. Es indudable: nunca fuí como los demás; es decir, como la mayoría de los demás.

Un interés especial ha tenido siempre para mí lo que con *ella* se relaciona. Curiosidad aguda, sobreexcitada, mucho más ardiente en

mí de lo que fué nunca (aun en los días perturbados, ácidos como el agraz, de la adolescencia), la de otro trascendental misterio. Este misterio, en efecto, no tiene dignidad; se enlaza estrechamente con lo animal de nuestro ser,—mientras que todo lo referente á *ella* adquiere un admirable, artístico relieve (excepto, sobra decirlo, las horrendas y antipáticas carrozas—estufas y otros detalles del ceremonial moderno, que me crisan).

Todo esto es cierto, y cuanto más lo examino, fríamente, tranquilamente, á la luz de mi juicio, el único faro que poseo para iluminar la caverna de mi espíritu, — más me persuado de que mi mentalidad no se puede calificar de anormal, dentro de la significación y alcance que da la ciencia á tales palabras. ¡La ciencia! No soy su idólatra. De lo íntimo, la ciencia nada conoce; cada científico se conoce á sí propio... es decir, si es sincero, trata de conocerse, como yo y tú, semejante mío.—En el cerrado santuario de cada alma, la ciencia no puede penetrar. Allí donde los hechos pierden su escueta significación; allí donde las palabras

no son capaces de expresar nada; allí donde todo se guarda y cela como incomunicable tesoro,—allí, ¿qué papel representa el propio don Santiago Cajal, señor de todo mi respeto, con sus neuronas?

Oh Camila, Camila inocente (á pesar de tu truchimanagería, mundología, recámara, longitud y mano izquierda). ¿No eres más loca tú, *hija mía*, y no son más locos los que, como tú, se afanan tanto, se sacrifican tanto, en preparación de una vejez que acaso no llegue para ellos nunca?

Después de mi examen de conciencia, no sólo me absuelvo, sino que me canonizo. El que ve la realidad soy yo. Sigo abundando en mi sentido... sigo orientado hacia *después*.

Comprendo, eso sí, que necesito tierra que pisar, ya que estoy en la tierra. Ó es preciso irnos, ó poseer aquí algo que justifique nuestra presencia. Un niño: un niño en quien la vida se afirma animosa y triunfante. La predicción de su madre no me alarma: ya haré yo que Rafael viva. No educaré á mi niño, ni como ella en su remordimiento ha deseado, ni como me edu-

caron á mí. Pienso bonificar su cuerpo mejor que las rentas que he de dejarle, y preocuparme más de la composición de su sangre que de sus cuellos á la marinera. ¡Sentiría que se me pareciese... mediante un capricho arbitrario de esos que la naturaleza se permitel... Prefiero que tenga una psicología apacible, una fisiología pujante; que conserve su pureza largo tiempo; que sea atlético y cristiano; que no refine las sensaciones y no se avergüence de los sentimientos; que se case á los veinticinco con una buena moza de caderas anchas, y crie á sus numerosos hijos en el temor de Dios y la convicción de que la vida es excelente, que nacer es un don, y que hay fuera de nosotros y por encima de nosotros una ley que hemos de acatar y un criterio definido que se nos impone...

¿Y yo? ¿Por qué no procedo yo así?

Pch... Porque soy de otra raza, no sé si diga exquisita ó gastada y vieja. Porque empecé temprano á socavarme el alma y á practicar el rito que produce la infinita desolación. Porque soy un envenenado; llevo en las venas la amar-

gura del absintio y el ensueño que vierten los cálices de amapola; porque acaso un abuelo mío fué suicida y una abuela se murió de mal de amores... He de tratar de ahondar en mi genealogía... Si supiésemos la historia exacta de nuestros ascendientes, nos conoceríamos mejor.

—Así, *mi hijo* no conviene que sea *de mis lomos*: le he buscado hecho ya. Que no me herede la mentalidad...—Y de súbito, recuerdo de quién procede el niño, la inmensidad de pecado que hay detrás de su inocencia... y me asusto.

¡Ánimo! Yo borraré todo eso. Lo que se ignora, no actúa sobre el alma. El niño no sabrá jamás nada de su origen; haré lo imposible por convencerle de que es hijo mío verdadero.—He consultado á un abogado hábil para arreglar todo, eludiendo las tranquilas, nudos y redes de la ley; este jurisconsulto irá á Sanlúcar, á conferenciar con la abuela de Rita Quiñones, y á orillar, mediante ruegos, y si es preciso, ofrecimientos y dádivas, por todos los medios, cuantos obstáculos puedan presentarse á mi deseo de ser dueño absoluto de Rafaelín. Corto así el hilo que une su destino y su porvenir

á la familia maldita, y le aislo para que nunca sospeche... para que no llegue jamás el día de la fatalidad, el día de la revelación,

ce jour détestable
dont la seule frayeur me rendoit misérable...

como dice la reina Yocasta en la magnífica tragedia *Les frères ennemis*, que releo, cultivando el goce, para mí delicado, del terror antiguo.